

ITINERARIOS DE LA MÚSICA ARGENTINA

Por Juan Francisco Giacobbe

publicado en *La Estafeta Literaria* de Madrid en n°379-380

23 de septiembre al 7 de octubre de 1967¹

Bien podríamos asegurar que la aventura de Ulises es la imagen de una perpetua aventura del espíritu humano, para alcanzar el puerto de la perfección vital. Como en el mito perenne, por mares de incógnita y por playas de misterio, el ser que se evade de la persecución de la muerte, va argumentando el poema *de la búsqueda y del hallazgo*, y con ello, y casi desapercibidamente, tanto el ser humano como la sociedad que lo contiene, van persiguiendo el umbral de su *propia forma* a la par que en ella quieren encontrar la propia felicidad. Porque el hallazgo de una forma del espíritu reserva siempre la más alta dicha, aquella de immortalizarse en la historia.

Odiseo que se debate en los derroteros de *lo desconocido*, y en lo desconocido se carea con lo monstruoso y con lo maravilloso, con un alternar que diríase pulsante, es el símbolo perpetuo del hombre que, huyendo de la muerte enemiga, se adentra en el mar del conocer, y agotando los puertos del saber, vuelve al hogar perfecto de su origen y de su certidumbre. No hay sociedad en palpación de devenir que queriendo superar el anonimato y buscando la propia realidad no tenga que volver a dar con su origen en donde se halla cómoda y totalmente explicada.

Todo esto que es válido para la esencia misma del desarrollo espiritual de un pueblo y una nación, es tal vez, y más que de nadie, el signo del Arte. El signo de Odiseo, pues siendo la imagen perpetua del arte es el signo de todo artista.

Es indudable que todo artista es un Ulises transitando por mares y puertos extraños en los cuales el prodigio y la desgracia lo esperan. Pero también todo artista es un Ulises que realiza, -en la perfección de su retorno- la odisea de su propia expresión en el destino misterioso del arte.

Por ello toda cultura es, en todos sus órdenes, a la par que una odisea del espíritu, una historia que en ella se sucede a través de los hechos inexplicables pero certeros, de las novedades a veces increíbles, pero verdaderas.

Y en medio de la poemática universal del arte y de la cultura, ¿hay una odisea más aventurada y aventurera que la música?

Nunca más que hoy el signo del encontrarse y del perderse, el signo del arribo y de la zozobra, se ha fijado con más palpación que un arte de la ventura de la belleza: LA MÚSICA.

Hoy más que nunca la música se ha echado sobre los mares de lo desconocido, tal vez jamás se haya alejado tanto de su patrio lar, y por ello, nunca como hoy cada músico es un Ulises, y cada obra una odisea.

DE LO DESCONOCIDO A LO ORIGINARIO

En el campo universal bien se patentiza esta imagen que por ser aparentemente mítica deja de ser compulsivamente real. No hay nación, que descendiendo de la gran estirpe cultural de Europa, no se halle en la vivencialidad de ese dilema. Buscar en lo desconocido para reencontrarse en lo oriundamente originario. Es uno de los problemas más extrañamente paradójales de la historia de nuestro siglo.

La Argentina, consonancia perfecta en el acorde de la más predesignada cultura de Europa, se configura y se identifica con ese signo. Y no desde ahora.

Tal vez por haber sido un puerto del espíritu en la búsqueda de lo desconocido, América haya sido antes que Europa, en el campo de la cultura, la ciencia y el arte, una odisea. Tal vez antes que en la Europa actual, América estuvo poblada de innumerables Ulises que debían encontrar la forma nueva para identificarse con la forma de origen. Por eso le es propio a América, y en ella, en grado específicamente electivo a la Argentina, ese designio de la búsqueda

¹ Para la presente transcripción, además de lo publicado en la Estafeta Literaria, se tuvo en cuenta el texto mecanografiado conservado por el autor.

perenne, pero no infructuosa, transitiva pero no ineficaz, rapsódica, pero no remendada ni remedada.

Y por ello el destino actual de la música en la Argentina sigue derroteros anteriores y nuevos; conocidos y desconocidos; ciertos e inciertos; seguros y dudosos.

Dada esa imagen de itinerario, en la historia de la proyección cultural argentina, -en los grados ascensionales de la aventura emocional del espíritu argentino-, la música se nos presenta siempre como los puertos de una escala en la temporalidad, y a la par, como los puntos de llegada y de adioses de los destinos ya cumplidos.

En esta historia con arribos pero sin reposo, con llegadas pero sin sosiego, la música argentina se nos perfila bien dramáticamente como una odisea en pos de extrañas bellezas. Tal vez por ello es rica de múltiples horizontes; viaja por inconmensurables latitudes; aborda lo extraño y lo desconocido; aprende exóticos idiomas y ejerce inexplicables rituales, para volver casi siempre, al umbral que se dejó una vez, encontrando en él, la fidelidad y el asilo, el amor y la congratulación del triunfo.

Por todo ello la música argentina actual debe ser analizada desde diversos prismas. Al intentar tal análisis, la síntesis obliga a una medida extrema y no del todo simpática: no se citarán nombres de los múltiples Ulises que constituyen la pléyade de compositores, intérpretes, instituciones y editores. El motivo es simple y comprensivo. De citar a uno habría que citar a todos. Y son tantos y cada uno de tan definida personalidad que sería injusticia el no nombrarlos, tanto como sería catalogal y abrumador citarlos a todos.

Se dividirán, pues, como corresponde hoy en los análisis de conjunto, por columnas señeras según las tendencias y las directivas.

DE LOS SENIORES

No hay arte actual que no tenga sus antepasados vivientes. No hay arte joven que viva entre sus "seniores", tanto como no hay arte diputado que no alterne con sus senadores. Universalmente es la corriente de los de ayer o de anteayer. Por más modernizados que se sientan están situados en edades pretéritas de belleza.

Entre ellos las encontradas y siempre vigentes tendencias de autoctonía o de internacionalidad divergen. Según el pulso del mundo, estas dos posiciones fluctuaron entre la defensa del folklore autóctono, por una parte, y la defensa de algún folklore extranjero (que otra cosa no es en su posición de selectividad la internacionalidad), por otra.

Esta generación de seniores, entre los que se hallan nombres citados por la muerte bien recordada, parece haber agotado su trayectoria hacia 1930. Se hallan emparentados con el Wagner de otrora, con el straussianismo, el verismo, y más que ellos, con el esclavismo nacional. La academia, el conservatorio, y más que ello, la fenecida "Schola Cantorum" de París, los alimentó con decantada metodología. Sus obras forman un voluminoso patrimonio que, como todo patrimonio, recibe el beneplácito o la indiferencia, cuando no el desprecio de sus herederos.

La crítica actual se halla ante uno de sus más urgentes problemas con la generación del '80 y del '90, No se los puede excluir y no siempre se los puede hacer coincidir con la hora presente. Sin embargo hay en ellos una tendencia a lo propio, una necesidad de reencuentro con lo originario, un afán de volver a encontrar el "lar" de la autoctonía. Contra ellos se eleva la posición enhiesta y empenachada de los "seniores de la internacionalidad".

Lo curioso es observar que estos que ayer significaban la flor y nata de la novedad anti-autóctona y sobre todo el arte del futuro, hoy se hallan más envejecidos que los "otros", los simples y crédulos de la autoctonía de entrecasa, si cabe.

La historia suele tener con la estética estos extraños caprichos. Lo muy nuevo de ayer es lo más viejo de hoy.

Por ello que alguna vez se sacará la sencilla conclusión artística (y socialmente vital) que, poco cuenta lo nuevo mientras que se acredita con el tiempo, lo permanente.

Los viejos desplantes profetales de las *generaciones programáticas*, las crepitantes rebeldías anarco-internacionalistas, han perdido hoy encanto y convicción. Se las mira con algo de sorna. Parece, aunque no lo hubieren sido, simuladas.

En este confrontamiento de los dos rumbos de los “seniores” y ciertamente de sus respectivas tendencias artísticas, los “porveniristas” del progresismo a ultranza resultan hoy envejecidos, y los “autoctonistas” con regionalismos programáticos, cuando salvan algo, es porque precisamente han dejado el programa de lado.

Este panorama rige para toda la música universal.

LOS DEL INTERMEDIO

Pertenecen universalmente a la generación entre las dos guerras. Es una generación de balanceo entre lo superado y lo desconocido, entre aquello que ya no puede transitar y aquel horizonte que anhela como nuevo y mejor. Es una generación de sacudimiento de tutelas. Pero no basta sacudir las tutelas para quedar totalmente liberado. Las herencias culturales y emocionales no pueden dejarse de lado como un traje o una corbata. Por más lejos que lleguen los astronautas tienen la referencia de la tierra y a ella vuelven.

La generación intermedia entre los programáticos y los actualistas es una generación probada y definitiva. Quisiera no depender de nada que no le fuese propio. Ahí está el error. De pronto la contemplación de la propia pureza es más nociva que la vivencia de la realidad contaminante. Esa generación arrastra con ella extraños destinos. No puede ser justipreciada por los “seniores” y no es bien mirada por los actualistas. Su arte parece ser un arte de compromiso entre dos edades transitorias.

Pero la realidad nunca juega su última carta. De pronto, con las obras más “sobrepasadas”, se ilumina una nueva era de la estética. Sucede que, dadas ciertas tendencias del espíritu humano, es muy difícil apartarse de ellas. Los de la generación intermedia no pudieron evadirse de las dos corrientes anteriores. Fueron, pues, más íntimamente autoctonistas o más sensacionalmente internacionalistas, pero difícilmente se les puede excluir de las categorías imperantes.

Y si ayer los señores desbordaron de romanticismo finisecular o de afable burguesía de salón, (tal como sucedía con todo el arte de “recibimiento”) y los opositores se embanderaron bajo el estandarte del “liberty” de internacionales resonancias, ahora los de la generación intermedia se inclinaron hacia el neorromanticismo modernista, o hacia el folklorismo cíclico. La programática no estaba, pues, excluida. La creación de nuevas instituciones de enseñanza y de ejecución, el admirable e incontenible progresar en todos los campos del saber, el componer y el ejecutar, hicieron los fundamentos de la recia y bien constituida polimorfía de la cultura musical de hoy.

Conservatorios de amplísimos y renovados programas, instituciones de intercambio creciente y valiosísimo, universidades, editoriales, teatros, salas de conciertos, toda una poderosa organización estatal y privada, hicieron de la música en la Argentina, una grandiosa institución del espíritu y de la temporalidad.

No solo la capital se constituyó en un centro mundial de la música, las capitales provinciales, ya destinadas desde la inclinación de las estirpes canoras de ayer, se constituyeron en verdaderas ciudades musicales. La música es en la Argentina una necesidad diaria. No hay que admirarse que por ello sea una devoción.

Y porque es una devoción, de pronto la música llega a ser en el panorama de la vida del argentino, un estado de conciencia. Un impulso selectivo de primer orden guía el instinto musical argentino. Una bien heredada lógica clásica lo predispone para aceptar y amar, para juzgar y criticar todo cuanto a él llega. Es probable que no haya en el orden de las inclinaciones del ser argentino una que iguale a esta dedicación a la música. Es, a la par de una necesidad vivencial, una preponderancia del intelecto. La música ya no está solamente entendida como un arte, sino también como una cultura, y de hecho, como una ciencia de la vida.

Durante esas décadas del 30 al 50 los nuevos itinerarios se afirman, se irradian, se multiplican. Y con la época actual, con las novedades de inimaginada proyección que invaden al mundo después del medio siglo, el actualismo polimorfista se afinca en la Argentina.

LOS ACTUALISTAS

Son iguales que en todas partes del mundo. Hablan el mismo lenguaje de remota ideación. Unos siguen la Escuela de Viena, otros la Escuela de París; otros, más arriesgados, siguen horizontes exóticos, y los más temerarios ya están en la estratosférica.

Como en todas las latitudes del orbe, el lenguaje del extremismo es uno solo. Lo que nació a comienzo del siglo ha cundido recién ahora. Hasta ayer era patrimonio de los iniciados, de los herméticos, de los custodios del misterio irrevelable. Ahora hasta los iletrados, hasta los advenedizos poseen la clave de la nueva música.

Lo que marcara el tope de una estética post-wagneriana, el atonalismo, saliendo de su madre, ha inundado, como una novedad refrigerante las nuevas conciencias. Las generaciones actuales se dividen entre sí, y tal vez sin saberlo, los despojos de anteayer. Con crédula facilidad parecen ignorar los datos cronológicos de las producciones del espíritu. Pero parece ser que no hay nación que pueda eludir la tiránica moda de “ponerse al día”. Atonalismo y dodecafonismo, entendidos más o menos como los cientificistas del café comentan la teoría de la relatividad de Einstein y los vendedores de computadoras se explayan sobre la teoría de los “cuanta” de Plank, y así hoy es de rigor, que todos usen, según su caletre y su instrucción, de esas dos invenciones sistemáticas de las búsquedas sonoras que quieren evadirse de la cola del dragón wagneriano.

Con ellas, todas las tendencias colaterales imperan en la música argentina de los actualistas, tal como sucede en cualquier nación que quiera “ponerse al día”, llámese ésta Italia, o Francia, o Alemania, o España, o Inglaterra o Bélgica.

El clamor de las últimas tendencias es como el canto de las sirenas para el viaje de Odiseo. Una atracción poderosa de abismos cristalinos de honduras perláceas, de libertades inconfinables, llegan desde todas las tendencias encantadoras. El mar de la música se ha llenado de pronto de sirenas invisibles y magnéticas. Los bajeles de todas las sociedades se dirigen casi ineludiblemente hacia el canto maravilloso de la sirena.

¿Habrán olvidado los hombres el mítico desenlace de los que se abandonan al llamado de lo sub-humano? ¿Recordarán los hombres que muchas veces en la historia el llamado de lo maravilloso no era más que el engaño de lo monstruoso? ¿Y han dejado de tener presente que las bellas energías, las más jóvenes vidas y las más fuertes promesas suelen dar en el fondo del mar, en el naufragio inevitable que produjeron el abandono a las voces fementidas y los cantos engañosos?

La historia guarda siempre el punto final de sus axiomas. A ella hay que dejarle el corolario.

La música en la Argentina procede de igual manera que la música universal. Junto a las generaciones que van en el bajel rumbo al naufragio, están las generaciones que vigilan, resisten, creen y aman la eterna verdad de la belleza.

Estos son como Odiseo. Deben volver al “lar”, a los suyos, a lo propio, al entendimiento de la propia lengua y la emoción del propio canto que es aquel que con la estirpe se lleva en la sangre y a través de ella transita hasta llegar a las zonas más sagradas del espíritu, para que el ser se encuentre con su origen en el Origen.

En el estupendo itinerario de la música argentina, surcando los mares de lo desconocido que vuelve por los rumbos de lo permanente, hay muchos Odiseos que con pulso seguro conducen el viaje hacia la buena estrella.